

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ENTREGA DEL PREMIO MANUEL BORJA MARTÍNEZ

JAIME ÁLVAREZ SOBERANIS*

Con profunda emoción agradezco este reconocimiento que me otorgan mis compañeros ex-alumnos a través del Comité Organizador del Premio "Manuel Borja Martínez" y que hoy recibo en el auditorio de mi alma mater, a la que me incorporé como estudiante desde el ya lejano año de 1960 y donde trabajé después como Coordinador del Departamento de Derecho (1965-1968), ejerciendo desde entonces la cátedra por más de 30 años.

Decíamos ayer que agradecer no es cumplir protocolos, sino manifestar el corazón en las palabras y aquí habré de hablar con el corazón. La recepción de esta presea constituye para mí un motivo de honor y de alegría y lo es particularmente porque lleva el nombre de un ser humano valioso, que se entregó con generosidad a la causa universitaria, el Maestro Don Manuel Borja Martínez.

Permítaseme detenerme en este hecho que será el motivo fundamental de las posteriores reflexiones. El 3 de diciembre de 1990 murió el destacado jurista mexicano Don Manuel Borja Martínez, a los 57 años de edad. Su nombre, al igual que el de su abuelo Don Manuel Borja Soriano y el de su hermano Don Francisco Borja Martínez que hoy nos acompaña, están indisolublemente vinculados al devenir de la Universidad Iberoamericana, a cuya obra dedicó su vida y nos impulsó a otros a hacerlo así también.

La presea que recibo constituye un testimonio destinado a resaltar el lazo afectivo que me une a la Universidad Iberoamericana, lazo que desde luego existe, pero por encima de cualquier otra consideración es otro merecido homenaje a Don Manuel.

Y digo otro homenaje, porque han habido varios y seguramente habrá más, todos ellos merecidos. Nadie de quienes lo conocimos podría llamarse a sorpresa de que así continúe sucediendo. Por eso coincido con los organizadores del evento al describirlo como una conmemoración para honrar la memoria de un insigne maestro que ha inspirado a varias generaciones, entre ellas la mía.

En efecto, mi generación tuvo un estrecho contacto con el maestro Borja. Las anécdotas que vivimos juntos en las aulas y extramuros fueron múltiples y sería una delicia relatarlas para quienes como Jorge, Margarita, Francisco, las vivimos intensamen-

* Premio que le otorgó la Asociación de Exalumnos de Derecho de la Universidad Iberoamericana el 22 de noviembre de 1995.

te con esa espontaneidad que sólo la juventud puede dar; pero no sería este el lugar apropiado para hacerlo. Quede simplemente la constancia del recuerdo que inspiró en todos nosotros este hombre bueno y justo.

Así pues, en razón de la admiración, el respeto y el cariño al maestro Borja, me ha sido todavía más satisfactorio aceptar el premio, porque si bien en el foro habría -y de hecho las hay hoy aquí- muchas personas vinculadas por el afecto al Sr. Lic. Don Manuel Borja Martínez, yo me precio de ser una de ellas.

También me enorgullezco de haber recibido de su generosidad -a través de su amistad-, enseñanzas y experiencias que atesoro como una parte valiosa de mi ser para actuar en el mundo. No sólo fui su discípulo y tuve el gusto de trabajar con él cuando fungió como Director del Departamento de Derecho, e inclusive el de tratarlo en su profesión como Notario, cuando me desempeñé como Jefe de Contratos en el INFONAVIT, sino que fui su amigo, aunque siempre lo traté con ese respeto del que él sabía hacerse acreedor, no porque lo buscara, sino porque por natura lo merecía y todos se lo dábamos.

Acepto pues, esta distinción en calidad de representante, porque, al menos para este acto concreto, me he auto designado mandatario de todos ustedes, es decir, de todos quienes fuimos amigos de nuestro homenajeado y hoy lo celebramos una vez más.

Como dijo Don Raúl González Schmal, el maestro Borja Martínez "sigue hablando a través del paradigmático ejercicio de la profesión de abogado en el noble campo del notariado y sigue hablando, sobre todo, por el testimonio irrecusable de su vida".

Varios libros sabios hablan de la labor de los maestros y de los frutos de bondad que se obtienen de su ejemplo. Sin duda este ha sido el caso de Don Manuel, que en breve cumplirá cinco años de haber fallecido, pero cuya obra recordamos con cariño y cuya presencia espiritual permanecerá para siempre en las aulas de la Universidad Iberoamericana y en los corazones de sus discípulos y amigos.

Pertenece al grupo de selectas personas que se han destacado, no sólo por las cualidades que la naturaleza les otorgó, que son un don de Dios, sino porque a las prendas del espíritu supo añadir el esfuerzo realizado en la vida cotidiana.

Reitero en esta ocasión, lo que dije en el homenaje que se le rindió en el Museo Franz Mayer de la Ciudad de México el 17 de abril de 1991, en el sentido de que hay un conjunto de enseñanzas que se derivan de la vida concreta del maestro Borja y que han fructificado en la Universidad, el Foro, el Gremio Notarial, sus compañeros de cátedra, sus amigos y discípulos, y en general en la cultura jurídica de la sociedad mexicana. Cinco años después, su vida y su ejemplo permanecen, porque él fue capaz de realizar su propio designio. De ahí que su existencia haya resultado trascendente en otros y para otros.

Termino con un testimonio de gratitud para mis compañeros ex-alumnos, el Comité Calificador y para el Departamento de Derecho de la Universidad Iberoamericana, en el que he impartido clases por 30 años. Se dice fácil, pero ha sido toda una rica y variada experiencia de la que me siento orgulloso, aunque, como es de suponer, en ella han habido, de mi parte, aciertos y yerros, pero aquí estamos, con gusto y con entusiasmo, rodeado de mi familia, amigos y discípulos y dando gracias por el don de haber tenido tan buenos maestros y de tenerlos a todos ustedes aquí. Muchas Gracias.

Santa Fe, D.F., 22 de Noviembre de 1995.